

ENTRE DOS ORILLAS: VIDAS LATINOAMERICANAS EN ESPAÑA

Tres historias que cruzan el océano en busca de oportunidades, identidad y un lugar donde empezar de nuevo

Texto: RAFAEL GUERRERO RUIZ. TSN. CENTRO DE ESTUDIOS IBEROAMERICANOS Y TRANSATLÁNTICOS DE LA UNIVERSIDAD DE MÁLAGA (ESPAÑA)

A veces un viaje no empieza cuando se pisa un aeropuerto o una estación de tren, sino cuando surge la certeza de que la vida puede cambiar si uno se atreve a mover los pies. La mayoría de esos viajes nacen en silencio, en el interior de una conversación íntima que uno mantiene consigo mismo mientras observa su entorno y busca algo que todavía no encuentra. Así comienzan muchos caminos desde América Latina hacia España y entre ellos se encuentran los de Guillermo, David y Jessica. Tres jóvenes que llegaron a Málaga con motivos diferentes y tiempos distintos, pero que hoy comparten esta tierra como espacio común.

Málaga es, para algunos, una capital que huele a sol y playita, pero para otros se convierte en un refugio inesperado. Sus cálidas calles, su acento andaluz y esa forma natural de mezclar rostros de aquí y de allá la han convertido en punto de encuentro para tantos latinoamericanos que cruzan el océano con las manos llenas de expectativas.

Guillermo Segoviano Aguilera recuerda con claridad su llegada. Tiene veintinueve años, nació en México y estudió Derecho, una carrera que siempre sintió como vocación. Cuando decidió hacer un máster en Derecho Penal y Política Criminal, España apareció como un destino lógico. No tanto por romanticismo, sino por estrategia. El prestigio académico y



Guillermo, con la banda de graduación de su Máster en Derecho Penal y Política Criminal. (Foto: Cedida por Guillermo Segoviano Aguilera).

el valor que tendría su formación al volver a México le parecieron decisivos. Antes de comprar el billete, dedicó semanas a comparar ciudades, a vivir virtualmente en cada una de ellas, medir costes y posibilidades. Al final, Málaga lo convenció. Tenía mar, clima suave, precios relativamente accesibles y un ritmo de vida que parecía agradable. Con eso fue suficiente.

Cómo citar este artículo: Guerrero Ruiz, R. (2025). Entre dos orillas: vidas latinoamericanas en España. *TSN. Transatlantic Studies Network*, (19), 162-165. <https://doi.org/10.24310/tsn.19.2025.22663>. **Financiación:** este artículo no cuenta con financiación externa.



Esta obra está bajo licencia internacional Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0.

Confiesa que el primer día no sabía ni en qué dirección ir. Sin embargo, ese desconcierto inicial pronto encontró gestos amables. Lo orientaron, lo acompañaron, lo trataron con más cercanía de la que esperaba. Lo cuenta con gratitud, como quien recuerda un detalle que, aunque pequeño, marca la diferencia entre sentirse perdido y sentirse visto. Desde entonces ha sentido que la ciudad le abre paso sin exigirle nada a cambio.



David en un rincón de Málaga, su nueva ciudad de residencia. (Foto: Cedida por David Vargas).

David Vargas, colombiano de veinticuatro años, llegó de forma diferente. Tenía familia que ya vivía en Málaga y buscaba completar su formación con un máster en Estudios Económicos Europeos. Para él, más que una elección académica, el viaje también fue un reencuentro. Tras pasar por Zaragoza, comprendió que Málaga tenía algo que las otras ciudades no le ofrecían del mismo modo. Lo describe como un ambiente cálido, una forma más cercana de relacionarse. Desde pequeño había escu-

chado que los andaluces son gente alegre. Ahora, después de varios meses viviendo aquí, sabe que no era un simple tópico.

Ambos, Guillermo y David, hablan del recibimiento español con una naturalidad que sorprende. No relatan episodios de prejuicio ni experiencias incómodas. Todo lo contrario. Dicen que la gente ayuda, que pregunta, que se interesa. David incluso comenta que la mezcla cultural se da de forma casi espontánea. Quizás porque comparten idioma, quizás porque las costumbres no son tan extrañas entre sí. Sea cual sea la razón, no han sentido que su origen sea una barrera.

En las conversaciones con ellos surge un tema recurrente: lo que los latinoamericanos aportan cuando llegan. David lo resume con simplicidad, pero con mucha claridad. Cree que la diversidad enriquece a cualquier sociedad y que los latinos llegan con una energía especial, con ganas de estudiar, trabajar y construir, ofreciendo distintas formas sobre cómo ver la vida. Además, señala que muchos traen consigo una formación sólida que pueden aplicar aquí, pero que también pueden llevar de vuelta a sus países de origen, generando un intercambio continuo que beneficia a ambas orillas.

Guillermo coincide, aunque piensa que el aporte más grande está en la actitud. Observa que los latinos suelen venir con un impulso fuerte de superación, con el deseo de aprovechar cada oportunidad, tal vez porque saben que cruzar un océano no es una decisión fácil. Mientras lo cuenta, se nota que también habla de sí mismo. Trabaja, para financiarse los estudios, en un restaurante mexicano y, aunque sea un empleo temporal, lo vive como un lugar donde puede compartir un pedazo de su país. Allí recibe a amigos y compañeros cuando quieren probar algo que los transporte por un instante a América. Es un pequeño ritual que lo reconecta con lo que dejó atrás.

La presencia de su familia, más bien su ausencia, es para Guillermo el punto sensible. Está solo en España y no espera visitas. Lo dice sin dramatismo, aceptándolo como parte natural de su experiencia. Sabe que su camino lo llevará de regreso a México en cuanto termine el máster. Imagina allí su futuro. Sueña con trabajar en un bufete de abogados y aplicar todo lo aprendido. Para él, este año en Málaga es una etapa que se abre y se cierra, un capítulo breve pero intenso que le ha permitido conocer Europa y madurar, madurar mucho.

David, en cambio, se mueve entre dos opciones. No descarta volver a Colombia, pero tampoco cierra la puerta a quedarse si encuentra oportunidades laborales que le permitan crecer. Habla con templanza, con la prudencia de alguien que sabe que sus próximos pasos dependerán tanto de su esfuerzo como del azar de la vida.



Guillermo visitando El Vaticano, en Europa. (Foto: Cedida por Guillermo Segoviano Aguilera).

En medio de estos relatos, aparece la voz de Jessica, venezolana de treinta y cuatro. Su historia nace desde un lugar distinto. Más que una elección, su viaje fue una necesidad urgente. Trabaja cara al público en hostelería, un sector exigente donde cada día se enfrenta a rostros desconocidos, pero también a breves conversaciones que dan luz a su jornada. Llegó a España con la esperanza de ofrecer a su familia algo que en su país ya no podía garantizar: estabilidad, seguridad, oportunidades reales.

Habla de los españoles con agradecimiento. Valora que den empleo a los latinos, que confíen en ellos y que los hagan sentirse parte de la comunidad. Reconoce que algunos son más reservados, pero eso no empaña su percepción general. Para ella, España ha sido un lugar que le abrió una puerta cuando más lo necesitaba.

Su visión sobre lo que aportan los latinoamericanos es firme. Cree que en muchos sectores sos-

tienen puestos que de otro modo se quedarían vacíos. Habla de agricultura, de construcción, de trabajos duros que requieren fuerza, dedicación y resistencia. También menciona a quienes han abierto comercios, generado empleo y aportado una energía que impulsa la economía local. Lo dice con orgullo, porque sabe que detrás de cada historia hay sacrificios que pocos ven.

Jessica recuerda su país todos los días. No lo dice de forma irónica, sino con un peso real. Extraña todo, desde la rutina hasta las personas, desde los paisajes hasta la música que marcó su infancia. Pero, a pesar de esa nostalgia constante, siente que Málaga la ha recibido con los brazos abiertos. La describe como la provincia que le devolvió la calma en un momento difícil. Y en esa calma ha encontrado la posibilidad de imaginar un futuro. Aquí quiere vivir, trabajar y formar una familia. Lo expresa con la seguridad de quien ha decidido echar raíces.



Los países de los protagonistas de este artículo.

En las historias de Guillermo, David y Jessica hay contrastes claros, pero también una línea común. Los tres llegaron buscando algo diferente y en Málaga han encontrado respuestas que no siempre son las mismas, pero que, de un modo u otro, les han permitido crecer. Sus acentos se mezclan ahora con el de la ciudad, sus pasos recorren calles que comienzan a ser familiares y sus sueños,

aunque distintos, se sostienen en una tierra que los acoge.

Vivir entre dos orillas no es estar dividido. Es tener una mirada más amplia, un corazón que aprende a latir en dos ritmos y una historia que se

extiende más allá de un solo punto del mapa. Al final, cada uno de ellos demuestra que a veces basta con dar un salto valiente hacia lo desconocido para descubrir que también allí se puede encontrar hogar.